

¿no dimanará de ahí toda confusión y toda ruina? ¿Por qué cada cual no ha de creer buena su norma y querer gobernar por ella el mundo? Un Werther, por ejemplo, ¿no proclamaría el suicidio como la suprema liberación de todos los humanos? Un Hamlet, ¿no nos sometería á todos á los tormentos de la duda? Un Alonso Quijano, ¿no nos induciría á las locas aventuras caballerescas? Un Anthony, ¿no recomendaría lanzarse sobre la mujer amada como un ave de rapiña sobre su presa, sin respeto á las conveniencias sociales ni al más rudimentario decoro?... Y así sucesivamente. El libre examen comporta la libre decisión; de aquí le ha venido al protestantismo su principio corruptor. En un principio todavía fué un dogma, porque las reminiscencias dogmáticas (que ellos querían sacudir, ¡desventurados!) de que venían impregnados Lutero y Calvino, sus padres, así lo quisieron. Hoy ya á nadie engaña y todos sabemos á qué atenernos: el protestantismo es un racionalismo disfrazado. La idea de responsabilidad es el nudo que enlaza la religión con la moral; de ella depende la eficacia de la aplicación de los dogmas á las costumbres. Esto es lo que sustenta al catolicismo; la idea de pecado es lo que hará perdurar las religiones sobre la tierra; éstas desaparecerán cuando aquélla haya perdido su imperio dulce y su noble soberanía entre los hombres. Y por las abruptas sendas de la modernidad ya vamos camino de ello...

Hemos alcanzado los tiempos que anunciaba San Pablo (*Ad Timotheum*, II, III, 1); *in novissimis diebus instabunt tempora periculosa*; los tiempos peligrosos, los tiempos difíciles, los tiempos aciagos, *hard times*. San Lucas anunciaba (XXII, 31) que Satanás os buscará para cribaros como trigo (*Satanas expectavit vos ut cribaret sicut triticum*) (1). Sí; esta-

(1) En 1832 — ¡y cuánto ha llovido desde entonces sobre el espí-

mos cribados, zarandeados, *molidos (mouls)*; pero ¿es sólo para ser moldeados (*moulés*), como gustaba de decir con un *calembour* José de Maistre? Para nuestra época atormentada y congojosa parecen escritas las palabras de San Jerónimo: *Tot enim antichristi sunt quot dogmata falsa*. Ha pasado Nietzsche por nuestros cerebros, y Nietzsche no ha temido llevar la infamante denominación de Anticristo. ¿Qué esperar ya de una época en que, despreciando diez y nueve siglos de cristianismo y de conquistas cristianas en todos los órdenes (1), ha podido decir Nietzsche con entera libertad: «La concep-

rita humano; cuánto se ha fertilizado con el abono de la ciencia novísima — ó cuántas tierras se han echado á perder con el estiércol! — ya Gregorio XVI, de veneranda memoria, pudo escribir en la enciclica *Mirari vos*, dada en 5 de agosto, día de la Asunción de Nuestra Señora: «Con el corazón desgarrado por una profunda tristeza nos dirigimos á vosotros, cuyo celo por la religión conocemos, y á quienes sabemos en la más cruel alharaca por los peligros que corre. Podemos decir en verdad que *ha sonado la hora en que el poder de las tinieblas va á zarandear como el trigo á los escogidos*. Sí; la tierra se halla abrumada de duelo y parece inficionada por la corrupción de sus habitantes, que han violado las leyes del Señor, trastornado sus usos y roto su alianza eterna.»

(1) Aun en el orden material, añadiré, si quiero ser justo. Todas las grandes conquistas, lo mismo las medioevales que de la época moderna, han sido esencialmente cristianas. El paganismo no hubiera sido capaz de emprender unas cruzadas. La conquista de América, ¿no es una idea profundamente cristiana? — Si no lo hubiéramos sabido, ahora lo acabaríamos de comprender leyendo los gigantescos poemas del formidable vate Santos Chocano. (Léase especialmente *Evangeleida*, dedicada á este mismo Rubén Darfo de quien ahora nos ocupamos.) — En cuanto á las conquistas de nuestra civilización europea é industrial, si es que hemos formado un tipo espiritual de civilización (porque la civilización no está en los progresos materiales), es indudable que aparece cristiana.

ción cristiana de Dios — Dios, el dios de los enfermos; Dios, la araña; Dios, el espíritu — es una de las concepciones divinas más corrompidas que se hayan realizado jamás sobre la tierra; acaso está por sí mismo en el más bajo nivel de la evolución descendente del tipo divino; Dios degenerado hasta estar *en contradicción con la vida*, ¡en lugar de ser su glorificación y su eterna *afirmación!* ¡Declarar la guerra, en nombre de Dios, á la vida, á la Naturaleza, á la voluntad de vivir! ¡Dios; la fórmula para todas las calumnias del *más acá*, para todas las mentiras del *más allá!*... ¡La nada divinizada en Dios, la voluntad de la nada santificada!...» (1). Á la civilización que en su mayor apogeo consiente estas ignominias, no debe dispensársele el nombre de tal. Aquí viene muy bien lo del Padre Félix (*Conferencias*, 1.^a): «La civilización es más grande que los caminos de hierro; más grande que los telégrafos eléctricos y que los cañones rayados; más grande que los buques de vapor y que los milagros más ó menos babilónicos de la industria moderna. Se puede tener todo eso y permanecer en la barbarie, porque todo eso atañe inmediatamente á los cuerpos, y la civilización atañe inmediatamente á las almas.»

Hemos llegado á la total indiferencia ó á la radical negación. De todos modos, al nihilismo absoluto. ¿Y no era esto lo que habían anunciado los evangelistas, los doctores de la Iglesia y los comentadores exegéticos y patristicos? ¿*Credís que el hijo del hombre cuando vuelva encontrará aún fe perfecta sobre la tierra?*», ha escrito San Lucas. Y Cornelio Alápide comenta: «Fe perfecta, esto es, formada por la confianza cierta y por la caridad. Y esto principalmente sucederá en el

(1) *El crepúsculo de los ídolos: El Anticristo (La Voluntad de Potencia, I)*, § 18; Edición del *Mercure de France*, págs. 263 y 264.—París, MDCCCXCIX.

fin del mundo, antes de la venida de Cristo á juicio, cuando los hombres coman y beban y se den á los placeres, sin pensar en el juicio. Cuando Cristo aparezca, dice Beda, será grande la escasez de los elegidos; más aún, hasta la fe ortodoxa flaqueará en muchos» (1). ¿No parece que estamos leyendo una descripción del estado colectivo de nuestra época? El balance de todas nuestras creencias suma nada. Nuestras opiniones morales también se reducen á cero. Hemos llegado al borde del abismo; ó nos despeñamos por él, ó volvemos camino atrás, á la comunión de nuestros padres antiguos (2). Este mal se agrava entre nosotros, consi-

(1) «*INVENIET FIDEM perfectam?*: *puta, certa fiducia et charitate formatam. Porro id maxime fiet sub finem mundi, ante adventum Christi ad iudicium, cum edent et bibent homines, dabuntque se voluptatibus, non cogitantes de iudicio. Cum Christus apparuerit, inquit Beda, magna erit raritas electorum, imò tunc fides orthodoxa in multis deficiet.*» (*In Lucam*, XVIII, 8.)

(2) Á propósito de la representación del drama de Dumas, *Anthony*, en Madrid, escribía aquel atormentado y comprensivo Larra (comprensivo como todos los atormentados; el dolor es el gran maestro; y atormentado como todos los comprensivos; el dolor es también el gran verdugo) algunas consideraciones generales sobre las ideas de la escuela romántica francesa y la nefasta influencia que podrían ejercer en España. El tiempo ha venido á hacer válidas sus afirmaciones y á darle la razón. Sus recriminaciones y sus quejas vienen á ser de actualidad ahora; son verdaderas profecías. «Darnos la literatura, decía, de una sociedad caduca, que ha corrido los escalones todos de la civilización humana, que en cada estación ha ido dejando una creencia, una ilusión, un engaño feliz; de una sociedad que, perdida la fe antigua, necesita crearse una fe nueva, y darnos la literatura expresión de esa situación á nosotros, que no somos aún una sociedad siquiera, sino un campo de batalla donde se chocan los elementos opuestos que han de constituir una sociedad, es escribir para cien jóvenes ingleses y franceses que han llegado á figurarse que

derando que somos un país senescente é infantil ya de puro

son españoles porque han nacido en España; no es escribir para el público.» Estas líneas encierran una desolada y amarga queja, mezclada con una profunda intuición, que más nos impresiona y nos hace mella si consideramos que este mismo Larra era, como piensa el genial Ixart (véase el prólogo á las *Obras escogidas*), de esos cien jóvenes; y «como *volviese* cuando los otros *iban*, todo aquel movimiento de reformas, todo aquel espíritu de reformas le cogen frío ó sarcástico». Los griegos decían que Alejandro llegó hasta el caos; Emerson agrega que Goethe fué más allá. En rigor, todos los grandes hombres han llegado hasta el caos, hasta esa sima negra que da angustias y bascas complicadas con vértigos; esa sima donde se abre el mundo subterráneo, donde empieza lo infinito horrible, lo infinito que abrumba, lo infinito que marea. Todos han llegado allí; sólo que unos se han detenido con prudencia, y otros, más arrojados, más valientes, han penetrado sin temor, como buzos que, á costa del riesgo de su vida, quieren sondear un mar desconocido bajo el cual se ocultan fulgentes tesoros de remotos Argonautas... Larra fué de estos últimos. Lo comprendió todo y sufrió por todo; porque comprender es sufrir. «Algunos, dice el mismo Ixart, han tildado de exagerados y pura retórica de literato sus desoladores gritos; á otros les parecen hoy predicciones fatídicas realizadas.» (*Prólogo*, XIV.) Hoy vemos bien claro si eran presagios ó no. Ha llegado la época de lo sublime horrible, y todos nos encontramos de bruces sobre la boca de caverna de lo infinito horrible. Es la boca de sombra de que hablaba Hugo: *la bouche d'ombre*... Larra se aproximó allí, y bien advirtió cuán hondo era el abismo; comprendería el verso de su semejante en tormentos y en fatigas, el gran Bécquer:

Yo me he asomado á las profundas simas
de la tierra y el cielo,
y les he visto el fin, ó con los ojos
ó con el pensamiento.
Mas ¡ay! de un corazón llegué al abismo,
y me incliné por verlo,
y mi alma y mis ojos se turbaron;
¡tan hondo era y tan negro!...

viejo. España, como nacionalidad, se encuentra en aquella

Si eso ocurre con un solo corazón, del cual nadie podría sospechar que no se ve el fin ó con los ojos ó con el pensamiento, según la bella cláusula iterativa del autor de *Rimas*, ¿qué no ocurriría con todos los corazones de una generación ó de toda una sociedad latiendo en común, al unísono?... Bien puede aquí decirse con Demócrito que la verdad está sumergida en el fondo del abismo (*veritatem demersam in profundo*). — Continuemos con Larra: «La vida es un viaje; el que lo hace no sabe adónde va, pero cree ir á la felicidad; otro que ha llegado antes y viene de vuelta, se aboca con el que está caminando y dícele: — ¿Adónde vas?, ¿por qué andas? Yo he llegado adonde se puede llegar; nos han engañado; nos han dicho que este viaje tenía su término de descanso. ¿Sabes lo que hay al fin? Nada.— El hombre entonces que viajaba, ¿qué responderá? — Pues si no hay nada, no vale la pena de seguir andando. — Y, sin embargo, es fuerza andar, porque si la felicidad no está en ninguna parte, si al fin no hay nada, también es indudable que el mayor bienestar que para la humanidad se dé está todo lo más allá posible. En tal caso, el que dijo al que viajaba: *al fin no hay nada*, ¿no merece su execración? Rara lógica; ¿enseñarle á un hombre un cadáver para animarle á vivir! He aquí lo que hacen con nosotros los que quieren darnos la literatura caduca de la Francia, la última literatura posible, la horrible realidad; y hácnennos más daño aún, porque ellos, al menos, para llegar allá, disfrutaron del camino y gozaron de la esperanza; déjennos, al menos, la diversión del viaje, y no nos desengañen antes; si al fin no hay nada, hay que buscarlo todo en el tránsito; si no hay un vergel al fin, gocemos siquiera de las rosas, malas ó buenas, que adornan la orilla... Con indignación lo decimos: sepamos primeramente adónde vamos; busquemos luego el camino, y vamos juntos, no cada uno por su lado; no quieran haber llegado los unos cuando están los otros todavía en la posada; porque si hay algún obstáculo en el tránsito, unidos, lo venceremos; al paso que en fracciones el obstáculo irá concluyendo con los que fueren llegando destandados... *Anthony*, como la mayor parte de las obras de la literatura moderna francesa, es el grito que lanza la humanidad que nos

situación del decrepito que, ya de pura chochez, se torna niño. Cuando esto ocurre, lo mismo en la vida individual que en la colectiva, hay que alarmarse y temer por las consecuencias; estos amagos de decadencia senil van casi siempre seguidos de la idiotez más obtusa. Como revulsivo á estos vómitos, en que parece como que el escaso flujo sanguíneo que ya resta se descuaja y que los espíritus animales se disipan, sólo la idea cristiana podría ser un poderoso emético. No se utiliza este remedio, y ¿qué se nos da en cambio? El sacudimiento de la nada, las vacilaciones de la debilidad, el forcejeo de la impotencia...

¿Quién nos ha preparado este espectáculo horrible? Los enciclopedistas empezaron; el racionalismo de nuestros padres continuó la obra. Cuando Cousin decía: «La razón es al pie de la letra una revelación; es la mediadora necesaria entre Dios y el hombre; el Verbo hecho carne que sirve de intérprete á Dios y de preceptor al hombre; hombre y Dios al mismo tiempo» (1), ya estaba al borde de la fosa. El racionalismo místico, representado por los grandes ideólogos de fines del siglo XIX, es el *virus* de la perturbación de los cerebros; la mente humana en delirio. Quinet, Vacherot, Renan, Cousin, Michelet, ¡he aquí los grandes maestros de

lleva delantera, grito de desesperación, al encontrar el caos y la nada al fin del viaje. La escuela francesa tiene un plan. Ella dice: destruyamos todo, y veamos lo que sale; ya sabemos lo pasado; hasta el presente es pasado ya para nosotros; lancémosnos en el porvenir á ojos cerrados; si todo es viejo aquí, abajo todo y reorganicémoslo.» (Mariano José de Larra: *Colección de artículos escogidos*, con un prólogo por J. Ixart, págs. 252 y 253.—Barcelona; *Biblioteca Clásica Española*, 1885.)

(1) *Fragmentos filosóficos*, vol. I, tercera edición; Prefacio de la primera edición, pág. 78.

nuestra locura! (1). Nietzsche, ¡he aquí el ápice de la demencia!... Y no se diga que la indiferencia religiosa proviene de esta reacción místico-racionalista. Tan falso es esto como que esa doctrina puede ser un espejo deslumbrante de religiosidad. Ni amigos ni adversarios tienen razón en este pleito. La indiferencia religiosa viene comúnmente de otras causas, y la religiosidad también. La indiferencia religiosa nunca pudo provenir de la ciencia, dígame lo que se quiera. «La buena ciencia lleva á Dios; la mala ciencia aparta de Él»;

(1) Para convencerse del extravío á que pueden llevar á las inteligencias bien organizadas estas doctrinas de iluminados, no de la fantasía, sino (lo que es más extraño) de la reflexión, bastará enunciar algunos de sus textos y calcular cuán extraña explosión cerebral pueden producir. Citaré uno sólo del primer autor enumerado, de Quinet: «Leibnitz, Bacon, Descartes, y menester será también pronunciar el gran nombre de Lutero, esos hombres execrados en su tiempo por rutinarios convirtieron al mundo á la nueva vida y han sido lo que en otra época fueron San Bonifacio y San Patricio; abrieron el camino al Verbo del porvenir... Veo en torno mío diversos cultos que se hacen entre sí una guerra encarnizada; pretenden vivir en una separación completa. Se excomulgan y se repudian recíprocamente... Lo que deseo en esta ocasión es hablar á todos, remontarme al manantial de vida que les es común, aprender á deletrear y hablar el idioma de esta gran ciudad de alianza que se eleva y consolida de día en día, á pesar de la cólera de algunos, porque no es cierto que esté basada, como se ha dicho, sobre la indiferencia, sino sobre la conciencia de la identidad de la vida espiritual en el mundo moderno.» (Vid. *Le Siècle*, 25 de marzo de 1844).—No; ésta no es la indiferencia; ¿qué ha de serlo? El indiferentismo es frío y seco; este entusiasmo es cálido y tremante; cuando se habla con indiferencia, se habla firme y recio; cuando se habla con apasionamiento, se habla tembloteando... Este es el *delirium tremens* de la razón puesta á desrazonar, porque cuando se quieren abrazar todas las religiones, no se aprieta ninguna sobre su pecho.

este apotegma de Bacon se ha repetido mucho y siempre oportunamente. En la ciencia, diríamos mejor rectificando, se dan todas las aspiraciones; los Pasteur y los Berthelot se conciben por igual. Ocurre en estas relaciones de la religión y la ciencia lo que en la analogía entre la virtud de estirpe y el orgullo. Hay quien siente una noble altivez porque ha nacido en señorial mansión, y esto no es del todo disparatado; hay también el tipo, que siempre perdurará, del aristócrata llano y campechano, muy grato á sus subalternos. Hay quien, por haber nacido duque, se desdeña de tratar con un lacayo—aunque ese lacayo sea un Rousseau—; hay en cambio quien, siendo lacayo, casi se avergüenza de hablar con un duque... — De la misma manera hay sabios (ó acaso simples sabihondos burlescos), ufanos y ensoberbecidos de su ciencia, que se sentirían rebajados de creer como las gentes sencillas (jellos que tratan mano á mano con las fuerzas naturales, á las que esas gentes dan el nombre confuso de Dios!); otros, en cambio, cuanto más ascienden más se sienten humillados, y cuanto más se elevan más advierten su pequeñez. Los Pascal y los Bayle, los Newton y los Metchnikoff, son ejemplos muy opuestos, pero muy frecuentes ambos. Rousseau, por ejemplo, no podía ser indiferente á irreligioso por exceso de ciencia, porque, á más de no tenerla apenas, la detestaba. Hablando de Huet, se expresaba en una ocasión Sainte Beuve en estos ó parecidos términos: «Estos hombres como Huet saben demasiado; son los hombres como Descartes, Pascal, Rousseau, ignorantés de todo, que todo lo han sacado de sí mismos, los que dirigen á la Humanidad...» Sí; son los hombres como Confucio, como Sócrates, como Jesucristo, los grandes intuitivos, quienes trastornan el mundo (1). Además, hay en esto de la ciencia

(1) Y conste que no pretendo poner la Divina Persona de Nues-

muchos engaños. Tal que se cree sabio y por ende escéptico, no es más que un incrédulo vulgar, cuya incredulidad dimana fluvialmente de su ignorancia. *Puto multos ad sapientiam potuisse pervenire nisi jam se crederent pervenisse*, decía Séneca. («Creo que muchos hubieran llegado á la sabiduría si no hubieran creído que ya han llegado.») El moderado escepticismo siempre sienta bien al sabio. Mas hay que tener en cuenta que existen varias clases de escepticismo (1). Se puede ser un *suspensio ó epéctico*, no dando fácilmente su asentimiento sobre cualquier cuestión; un cuestionario ó *zetético*, que quiere inquirir de todo; un *aporético*, que ya de todo duda, y un *acataléptico*, que pierde la esperanza de llegar á saber cosa alguna. «¿Cómo se puede ser escéptico por sistema y de buena fe?, pregunta Rousseau en el libro IV del *Emilio (Profesión del vicario saboyano)*. Yo no podría comprenderlo. Estos filósofos, ó no existen, ó son los más desgraciados de los hombres. La duda sobre las cosas que nos importa conocer es un estado demasiado violento para el espíritu humano; no resiste á ella mucho tiempo; se decide, á pesar suyo, de una parte ó de otra, y quiere más engañarse que no creer nada» (2).

Lo que hoy se estima es que se puede creer en la ley de la gravitación, pero no en el misterio de la Trinidad. Por eso somos ridículos en este siglo cuantos creemos en la Inmaculada y no creemos en la Química, con todas sus fórmulas. ¡Infamia igual jamás se ha visto!... ¡Volver á las abominaciones del paganismo, adorando á las fuerzas naturales,

tro Salvador en parangón ni paralelo con la de aquel sabio sombrío y con la de este otro sabio benigno.

(1) Cf. Aulo Gelio: *Noctes Attice*, lib. II, cap. V.

(2) *Œuvres complètes de J.-J. Rousseau*, II, 238.—Paris, Hachette y C.^a, 1905.

y no prestar adoración al poder superior y personal del cual todas proceden! ¡Venerar los minerales, el hierro y las industrias; ver en todo ello la obra del hombre y no la obra de Dios!... Si no hubiesen pasado los tiempos en que la Iglesia romana era verdaderamente *católica*, universal, sería cosa de fijar otras cuantas tesis semejantes á las de Wittenberg. Desgraciadamente, esos tiempos ya han pasado. Los mismos que sentimos impulsos de reformadores religiosos ó simplemente de teólogos controversistas, nos vemos reducidos al silencio. ¿Con quién disputar ahora de esas bellas y altas cuestiones que ornaban los doctos libros medioevales? ¿Cómo discutir si la confirmación es sacramento, verbigracia, cuando ya hasta el nombre de sacramento suena á viejo, suena falso, como una antigua medalla oxidada? ¿Cómo dilucidar siquiera la suprema autoridad de la Iglesia? El mismo racionalismo es ya de clavo pasado. *Christus vincit; Christus regnat; Christus imperat*; esta era la divisa de los antiguos templos. Hoy, aunque nos duela confesarlo, será forzoso reconocer que en los templos reinará Cristo, pero en los corazones reina Nietzsche—¡el maldito Anticristo que á sí mismo se apellidó tal!... Y como los templos sin corazones que latan dentro son edificios suntuosos y cavidades frías; y como el mejor templo es un corazón fervoroso, sacad la consecuencia. Todo es prosa hoy; prosa mala, prosa encanallada. El industrialismo lo absorbe todo; la sofistería liberal lo destruye todo. Con el industrialismo no es posible el vuelo de águila de la imaginación á las regiones siderales; con el liberalismo no es posible la mirada certera de la reflexión. ¡Oh, quién hubiera nacido teólogo de los siglos medios! Porque hoy ni siquiera el teólogo reviste la gloria de antaño. ¿Qué es hoy el teólogo? Un ser quijotesco peleando contra entes imaginarios. Comienzan á uno por negarle descaradamente á Dios; ¿cómo discutir con él de Teología? Sería como hablar

de Aritmética con uno que niega la existencia de la cantidad.

Si uno de los indicios más generalmente admitidos por los graves doctores de la Iglesia, la predicación y propagación universal de la fe verdadera, señalase á punto fijo la terminación del mundo (1), bien podríamos creer que ésta está muy lejana. Más aún: nos inclinaríamos á pensar con Aristóteles que el mundo es eterno y no ha tenido principio ni tendrá fin—opinión que no parece del todo disparatada si se la compara con los resultados de las ciencias que enseñan la conservación de la materia. Porque, en efecto, si acaso la predicación del Evangelio sigue su curso por los países salvajes, ¿qué importa eso cuando vemos á todas las naciones tituladas cristianas hacer defección, ó con las palabras ó con los hechos, de la verdad revelada? ¿Qué importa ganar por adeptos á los hombres con taparrabos de las islas Gambier y enviar sus íncolas á Roma, cuando en cambio el hombre de levita y de monocle que va á los bars y á los teatros, el hombre correcto y culto que pasea por las avenidas y por los parques y por las estaciones de ferrocarril, que viaja en expreso y come en restaurant, que lee las novelas de Paul Bourget y oye música de Wagner, se distancia de todo trato con cualquier confesión religiosa? El odioso nombre de *religión positiva*, inventado á fines del siglo pasado, demuestra bien palpablemente nuestro indiferentismo. Abierto está el pozo del abismo (2) de que hablaba San Juan, aquel

... que nunca supo del supremo contacto,

(1) «*Prædicabitur hoc Evangelium regni in universo orbe in testimonium omnibus gentibus, et tunc veniet consummatio.*» (San Mateo, XXIV, 4.)

(2) «*Et vidi stellam de caelo cecidisse in terram... et aperuit puteum*

según la bella estrofa de nuestro poeta; aquel Juan que nunca supo, en verdad, del supremo contacto meramente humano, por el cual entrevemos algo de divino los que no alcanzamos á ser más que humanos; pero que supo en cambio de la extrahumana unión con el Creador, reservada á los hombres más entendidos en lo divino que en lo humano.... ¿No se podría sostener sin manifiesta herejía que, en San Juan y en otros muchos santos de tan cumplidos merecimientos, las que en los mortales ordinarios se llaman pasiones, fueran *profesiones*, como los Padres de la Iglesia predicán de Cristo, es decir, que tuvieran la *pasibilidad*, pero no la *concupiscibilidad*?...

Triplicem adventum Christi cognovimus, decía San Bernardo, *ad nos, in nos et contra nos*. («Tres venidas de Cristo conocemos: á nosotros, en nosotros y contra nosotros.») Ya que hemos hablado de la terminación del mundo, ¿no podríamos conjeturar que, si no por el signo de la predicación, por otra multitud de signos está próxima la realización de las profecías?... Llegada es la hora en que Cristo vendrá contra nosotros. Un evidente anuncio de este ciclo es la negación de la obediencia á los príncipes, y en particular al Príncipe Máximo. Los comentaristas sagrados están acordes en mostrar esa verdad. *Discessio; scilicet, principorum et praesertim à romano imperio et Pontifice romano*, dice Menochio, comentando el texto de San Pablo antes citado (1): la separación de los príncipes, y principalmente del Imperio romano y del Pontífice romano. *Tum denique à fide et à Christo*, añade Cornelio Alápide (2) («Y finalmente de la fe de Cristo»). Ya se

abyssi, et ascendit fumus putei, sicut fumus fornacis magnæ; et obscuratus est sol et aër de fumo putei.» (Apocalipsis, IX, 1 y 2.)

(1) *In II Thessalonic.*, II, 3.

(2) *In ibidem.*—(El texto íntegro es: «*Defectio et rebellio qua quis-*

ha cumplido el vaticinio. *Los reyes reinan, pero no gobiernan*, dice una máxima muy repetida en nuestra época. En cuanto al Pontífice, todos sabemos la estima en que le tienen los Gobiernos europeos. Pero dejemos estas complicadas cuestiones, que nos llevarían á verter ideas de política internacional y de teología aplicada, cosa muy ajena á nuestro propósito. Estamos hablando de las opiniones religiosas de un gran poeta...

Mas no es tan inoportuna esta digresión como lo parece; porque ¿acaso no ha clamado nuestro gran poeta por la venida de Jesucristo *contra nos*?

¡Oh Señor Jesucristo!; ¿por qué tardas?; ¿qué esperas? ¿No es ésta una profesión de fe? ¿No se ve que el poeta está nutrido de jugosa mentalidad católica, cuando siente la inminencia de algo grave ante nuestra atonía moral y religiosa?... Y digo *de jugosa mentalidad católica*, porque este efecto sólo á una profunda influencia de la doctrina católica se debe. Y henos aquí en lo mismo de antes. La idea de pe-

que deficit à suo prinápe illique rebellat, scilicet illa insignis, plena et generalis qua scilicet pleraque et passim omnes gentes discedent et deficient tum à Romano Imperio, ut explicant Ambrosius, Primasius et Sedulius, etc.; tum consequenter à Romano Pontifice et Ecclesia, ut Anselmus; tum denique à fide et à Christo.—«Defección y rebelión por la cual alguien renuncia á su príncipe y se rebela contra él; á saber, aquella insigne (en el sentido más detestable de la palabra; también los adjetivos panegíricos tienen á veces un sentido peyorativo; el autor quiere expresar que es insigne por su maldad, como podría decirse de un hombre que es ilustre á costa de bajezas é infame en fuerza de infamias), plena y general defección por la cual casi todas y aun todas las gentes se aparten y separen, ya del Imperio romano, como explican Ambrosio, Primasio y Sedulio, ya, por consiguiente, del Romano Pontífice, ya de la Iglesia, como dice Anselmo, etc.»

cado, y sólo ella engendra estos nobilísimos sentimientos. Ó mejor, la idea de penitencia inherente y subsiguiente á la de pecado, que sólo poseen los católicos. En el protestantismo la idea de pecado puede decirse que no existe, ó por lo menos está tan momificada, que no tiene ya vitalidad alguna. Suprimiendo la penitencia, ¿qué queda para el arrepentimiento? Melancton, que era, como todos sabéis, un helenista eruditísimo, descubrió que el término griego *arrepentimiento*, al cual la Iglesia católica había venido dando por espacio de siglos la significación de *penitencia ó expiación*, tenía propiamente la acepción de transformación espiritual ó conversión del corazón. ¡Donoso descubrimiento! Pero exultó Lutero con él, porque le parecía una revelación. Luego la Iglesia, se dijo ilógicamente, había abusado de la idea de arrepentimiento, tornándola en provecho suyo; y para subvenir á sus fines y dominar las conciencias había inventado la confesión, haciéndola pasar por Sacramento. No comprendía él que la confesión no es una corrupción de la idea de arrepentimiento, sino simplemente su manifestación práctica, como la satisfacción no es la prueba de la contrición, sino su consecuencia, y como el propósito de la enmienda es su exteriorización. Así, el protestantismo nunca pudo comprender lo que encierra de grande esta idea de penitencia (1). La penitencia es la renovación de la vida por

(1) Enrique Heine, á quien en sus últimos años (aunque toda su vida permaneció incrédulo y de la peor especie, bien que acabase por reconocer un Dios personal) se achacaron ciertas propensiones hacia el protestantismo, que no fueron justificadas, y al mismo tiempo tendencias vagas al catolicismo, que él mismo se encargó de desmentir, pues en realidad, si á alguna religión de raza hubiera anhelado regresar, hubiese sido al judaísmo, la fe de sus padres; — Enrique Heine, pues, ha dado una lección severa y justa, aunque condimen-

fe, y sólo el hombre que se renueva es grande. La hermosa alegoría del hombre viejo y el hombre nuevo no tiene razón

tada con la indispensable ironía burlona, que es la salpimentación más sabrosa de las obras de este fuerte lírico y denodado polemista.— Bien es verdad que, firme en su propósito de satirizarlo todo, se ríe igualmente de los católicos, que le tenían por converso suyo, y á su costa hace chistes, pero al fin acaba por ensañarse ante la elocuencia y grandeza de su fervor. Pero con quienes de veras se ensaña, por un exceso de ironía, por una nueva y superior ironía en este hombre que las ejerció todas, es con sus correligionarios (y nunca mejor que aquí este manoseado y corrompido adjetivo, que se ha aplicado á las degradantes luchas políticas) los protestantes. Considerad, leyendo esta página, la hosca rigidez del calvinismo, que fía al propio esfuerzo la reconciliación final y nada deja á la misericordia de Dios. «He dicho ya una palabra de la ingenua suposición emitida de una manera bastante indiscreta por muchos de mis compatriotas, que parecían imaginarse que con el despertar de mis sentimientos religiosos mi interés por la Iglesia habría aumentado, sin duda, al mismo tiempo. Yo no creo en ninguna parte haber dejado entrever en mis escritos una predilección por una de las diferentes religiones positivas, y se ha podido notar fácilmente que jamás estuve extraordinariamente prendado ni de ningún dogma ni de ningún culto; ahora bien, para no dejar duda á este propósito, debo confesar que no he cambiado bajo este respecto y que he permanecido completamente el mismo. Al apresurarme hoy á formular esta confesión lo más netamente posible, tengo en cuenta al mismo tiempo á algunos miembros demasiado celosos de la Iglesia católica romana, á quienes yo quisiera hacer salir de un error en el cual han incurrido igualmente respecto á mí. ¡Cosa extraña! En la misma época en que el protestantismo en Alemania me hizo el honor no merecido de figurarse que yo me había convertido en uno de los creyentes iluminados, en uno de los elegidos más fervientes de la Iglesia evangélica, yo, que era antes uno de sus miembros más tibios, se propagó también el rumor de que había abrazado la fe católica; muchas buenas almas aseguraban que esta conversión se había verificado hacía ya algunos años, y apoyaban sus dichos con la indica-

de ser y sentido profundo sino en el catolicismo. La confesión es el sacudimiento de la antigua y lujosa túnica del

ción de los detalles más circunstanciados; precisaban la fecha y designaban por su nombre la iglesia donde yo había abjurado la herejía del protestantismo y donde había entrado en el redil de la Iglesia católica, apostólica y romana. No faltaba á sus relatos más que la indicación de las campanadas con que me había gratificado el sacristán en esta solemnidad. Cuánta consistencia había ganado este cuento edificante, es lo que yo veo por periódicos y cartas que me llegan de mi país, y yo no hubiera esperado los aprietos tragicómicos en que yo me encuentro algunas veces viendo qué afectuosa y beata alegría, qué conmovedora caridad hace brotar la supuesta buena nueva en más de una de las misivas que se me dirigen. Muchos viajeros me han contado que mi conversión milagrosa suministra materia en ciertos sitios á la elocuencia de la cátedra. Seminaristas de talento desean poner bajo mi patrocinio sus primeros ensayos de homilias, sus poesías sagradas y sus elucubraciones sobre la historia eclesiástica. Se ve en mí una futura lumbrera de la Iglesia. Yo no podría burlarme de esta piadosa ilusión, porque la intención que la acompaña no puede ser mejor; y por muchas censuras que se puedan prodigar sobre los celadores del catolicismo, una cosa, al menos, es cierta: que no son egoístas; se ocupan de su prójimo; desgraciadamente, á veces, se ocupan demasiado. Estos falsos rumores no pueden atribuirse á malignidad alguna; no reconozco en ellos más que un error, y es, sin duda, el azar lo que ha desfigurado en esta ocasión los hechos más inocentes. Si; sobre hechos reales se basa la indicación de tiempo y de lugar de que acabo de hablar; he estado, en efecto, en el día designado en la iglesia designada, que hasta era en otro tiempo una iglesia de jesuitas, que se llama San Sulpicio; me he sometido también á un acto religioso; sólo que este acto no era una odiosa abjuración, sino un juramento de fidelidad conyugal, muy burguesa mente edificante; he hecho allí bendecir por la Iglesia, después del matrimonio civil, mi unión con mi amada esposa, porque, procedente de una familia católica muy ortodoxa, no se hubiera creído casada sin tal ceremonia. Al suprimirla, yo hubiera podido introducir la

hombre mundano por la veste humilde y blanca del hijo de Cristo. Por la confesión somos siempre nuevos. En otro orden de cosas y de intereses — no muy alejado, sin embargo, de éste (puesto que los intereses artísticos se aproximan más de lo que se cree á los intereses religiosos) —, no se ha dicho muchas veces y no he indicado yo mismo en alguna ocasión que el renovarse cada día es el gran encanto huma-

perturbación en un alma piadosa, que debía para su felicidad permanecer fiel á las tradiciones religiosas de sus antepasados. Por lo demás, es bueno por muchas razones que una mujer esté afiliada á una religión positiva. ¿Se encuentra en las mujeres de la confesión protestante más fidelidad que en las de la creencia católica? Es un punto muy escabroso de discutir. En todo caso, el catolicismo de una esposa es una cosa muy saludable para el marido. Cuando las mujeres católicas han cometido una falta, no conservan por mucho tiempo el disgusto de ella; en cuanto han recibido la absolución de su confesor, tienen la conciencia despejada y se ponen de nuevo á gorgear y á reír, y no estropean á sus maridos el buen humor y la sopa, por el marasmo que dan á las mujeres las tristes reflexiones del pasado. La pobre esposa protestante, al contrario, cuando ha cometido un pecado venial, del cual ningún sacerdote alivia su conciencia, piensa siempre en él y se cree obligada á expiarlo hasta el fin de su vida por una hipocresía áspera y morosa, por una virtud avinagrada y arisca que gruñe sin descanso. Bajo otro aspecto es, además, la confesión muy útil y es un verdadero bienestar para el esposo que la pecadora católica no esté durante mucho tiempo cargada del terrible secreto de su delito; porque, puesto que las mujeres se ven forzadas por naturaleza á decirlo todo, al fin y al cabo, vale más que no confiesen ciertas cosas más que á su confesor, en lugar de correr el riesgo de ser súbitamente arrastradas por las angustias de remordimientos ó por accesos malhadados de ternura ó, finalmente, por un desbordamiento de su charla inagotable, á hacer al pobre marido sufatal confesión.» (*De l'Allemagne; Confessions de l'auteur*, II, 319 á 322; nueva edición francesa.—París, Calmann-Lévy, Editeur; 1878.)

no y que el renacer cotidianamente constituye la más noble acción artística y representa el más perfecto *desiderátum* de la divinización del hombre sobre la tierra?... (1). — El protestantismo no da estos hombres renovados constantemente que da el catolicismo; el protestantismo no da estos hombres que, aun siendo, cómo Gabriel D'Annunzio, perfectamente paganos de sentimiento, permanecen afectos al ingrediente cristiano en este punto capital de la penitencia, que es la renovación continua, expresada bajo forma menos ascética y más poética (2). El protestantismo da hombres como

(1) «El secreto de la vida — acostumbraba á decir Campoamor, que fué un genio y un vidente (no lo olviden los jóvenes) — consiste en nacer todas las mañanas.» (Véase á D.^a Emilia Pardo Bazán: *Ramón de Campoamor; Estudio biográfico*, II, 56.)

(2) Así en su último libro de poesía lírica, que señala una fecundación maravillosa del verso libre italiano y el punto culminante del idealismo cósmico, expresa esta idea de la renovación, aunque en sentido pagano totalmente:

*Io nacqui ogni mattina.
Ogni mio risveglio
fu come un'improvvisa
nascita nella luce:
attoniti miei occhi
miravano la luce
e il mondo. Chedeia Pignaro:
«Perchè ti meravigli?»
Attonito io rimirava
la luce e il mondo. Quanti
furono i miei giacigli!...
Giacqui su la bica stava
udendo sotto il mio peso
stridere l'aride ariste.
Giacqui su i fragranti
fieni, su le sabbie calde,
su i carri, su i navigli,
nelle loge di marmore,
sotto le pergole, sotto*

Nietzsche. Nietzsche, que, imbuído primeramente del racionalismo protestante, llegó después á la más rábida incredulidad. Este mismo Nietzsche era quien llegaba á expresarse así con respecto á la idea de pecado: «El pecado, tal como se le considera hoy, dondequiera que el cristianismo reina ó ha reinado alguna vez, el pecado es un sentimiento judío y una invención judía; y, por respecto á este segundo término de toda moralidad cristiana, el cristianismo ha tratado, en efecto, de judaizar al mundo entero. Se comprende de la manera más delicada hasta qué punto lo ha conseguido eso en Europa por el grado de extrañeza que la antigüedad griega (un mundo desprovisto del sentimiento del pecado) guarda siempre para nuestra sensibilidad, á pesar de toda la buena voluntad de analogía y de asimilación de que no han carecido generaciones enteras y muchos excelentes individuos. *Sólo si te arrepientes será Dios misericordioso para ti*; tales palabras provocarían en un griego la risa y la cólera; exclamaría: *¡Vaya unos sentimientos de esclavos!* (1). Aquí se admite un Dios poderoso, de un poder supremo, y, sin embargo, se admite también un Dios vengador. Su poder es tan grande, que, en general, no se le puede causar daño, salvo en lo que atañe al honor. Todo pecado es una falta de respeto, un *crimen lesa majestatis divina*; y nada más! Contrición, deshonra, humillación: he aquí las primeras y últi-

*le tende, sotto le querci.
Dove giacqui, renacqui.*

(Gabriele D'Annunzio: *Laudi del cielo, del mare, della terra e agli eroi*, vol. I, II, pág. 26; *Laus Vita*, libro primo; Fratelli Treves, Editori in Milano.)

(1) En efecto: el mundo griego no tuvo noción del pecado; así les iba á ellos; de ahí le vino su pronta ruina, que no pudo impedir el arrogante pero seco estoicismo.

mas condiciones con que se rescata su gracia; ¡exige, pues, el restablecimiento de su honor divino! Si, por otra parte, el pecado causa un daño; si se establece con él un desastre profundo y creciente que ataca y ahoga á un hombre después de otro, como una enfermedad, eso preocupa poco á este oriental ávido de horrores, allá arriba en el cielo; ¡el pecado es una transgresión contra él y no contra la humanidad! Al que ha concedido su gracia, concede también esta negligencia de las consecuencias naturales del pecado. Dios y la humanidad se imaginan aquí de tal manera separados, tan en oposición uno con otra, que en el fondo es completamente imposible pecar contra esta última; toda acción no debe considerarse sino desde el punto de vista de sus *consecuencias sobrenaturales*, sin cuidarse de las consecuencias naturales; así lo quiere el sentimiento judío, para el cual todo lo que es natural es indigno en sí. Los griegos, por el contrario, admitían de buen grado la idea de que el sacrilegio también podía tener divinidad: aun el robo, como en Prometeo; aun la matanza del ganado, como manifestación de una envidia insensata, como en Ajax. En su necesidad de imaginar dignidad para el sacrilegio y de incorporársela, han inventado *la tragedia*: un arte y una alegría que, á pesar de las dotes poéticas y la inclinación hacia lo sublime, han permanecido profundamente ajenos al judaísmo» (1).

*
*
*

(1) La tragedia griega, por muy sublime que sea, no es una tendencia artística á lo sobrenatural. Es un género humano, demasiado humano, tomándole expresiones al mismo Nietzsche. Sólo trata de los hombres, como la comedia, con la diferencia de que ésta los pinta peores y aquélla intenta imitarlos mejores que son. *Comædia enim deteriores; tragedia meliores quæ nunc sunt imitari conantur*, decía Aristóteles (*Poética*, VI). Por lo tanto, mal podría el pueblo grie-

Con la idea de pecado correspóndese y está íntimamente enlazada la idea de arrepentimiento. Esta idea, puntal de nuestra religión, de la cual se han reído tanto y tan neciamente Nietzsche y sus nauseabundos secuaces, es precisamente la que constituye la fuerza del catolicismo. Porque gracias á la idea de arrepentimiento, la religión católica es la más humana de todas las religiones. La teoría del arrepentimiento como medio de purificarse está basada en un veraz y hondo conocimiento de la naturaleza del hombre. Conoce las flaquezas de esta desdichada humanidad quien ordena arrepentirse y da el consuelo de que, arrepiéntiéndose, queda uno descargado de toda culpa. ¡Cuán libre está el pecho después de desahogar en el Tribunal de la Penitencia!... La confesión auricular es, no sólo un Sacramento, sino también un estudio clínico de las almas. Quien la instituyó no era sólo un ser divino, sino el más *humano* de todos los hombres. Conocía á sus semejantes; y porque los conocía, sabía bien que el arrepentimiento se les ha dado como única áncora de salvación. No vale redargüir con fácil ironía que es muy cómodo echarse en brazos del confesor, arrepentirse *usque ad lachrymas* y luego... volver á las andadas. Precisamente ese es el lado humano del Sacramento. Precisamente eso es lo que *humaniza* á la religión católica — que

go, profundamente naturalista, elevarse á las sublimes concepciones del pueblo judío, despegado de la tierra bajo el influjo del desierto — aunque en la población se hiciese mercantil y usurero. Así, todas las tragedias griegas no valen (en aspiración, entiéndase bien, no en realización) lo que los cantos proféticos de Isaías y los trenos de Jeremías.

Véase *La Gaya Ciencia*, libro III, § 135 (Traducción de Henri Albert; Edición del *Mercur de France*, 5.^a edición. — París, MCMII; páginas 187 y 188).

se hartan de llamar «inhumana» jovencuelos recién salidos de las aulas, con los labios untados de leche materna y que jamás han profundizado en los problemas teológicos, que acaso jamás han abierto un libro serio de Teología, en pro ó en contra del catolicismo. No tiene derecho á ser librepensador cualquier mentecato que se encuentra al volver de la esquina. Sólo se puede ser hereje después de estudiar Teología. Y no basta decir soy hereje; es menester demostrarlo, no con hechos empíricos y tangibles, como faltando dos días seguidos á la misa, burlando la vigilancia de la mamá. Ser un sabio exégeta, como Loisy, y discrepar de la doctrina tradicional de la Iglesia en puntos dudosos ó discutibles, sometidos á la controversia, y de ahí arrancar y tomar punto de partida hasta para un cisma — si de tal modo se encadenasen los acontecimientos — puede tolerarse, aunque no se disculpe. Pero ser un majadero amamantado con lecturas de periódicos y nutrido espiritualmente con ese escepticismo fácil que hoy día *coure les rues*, como dicen en Francia, y renegar de la tradición de los padres antiguos sin tomarse la molestia de contrastarla y revisarla, sólo por la suprema razón del *porque sí*, es absurdo é intolerable.

Me molestaría que se achacasen estas confesiones á un vago prurito de originalidad. No trato de hacer un alarde de esnobismo fácil. Digo sinceramente lo que pienso. Yo que, cerebralmente, soy quizás más bien racionalista, en el orden del sentimiento siento una gran simpatía y una intensa compenetración con el catolicismo. Y, sobre todo, me enfada, así, en crudo, me asquea *hasta fisiológicamente* ese anticlericalismo para uso de los maestros de obra prima y ese ateísmo atemperado al gusto de los ebanistas. Afortunadamente, me consuela pensar que voy en buena compañía: Enrique Heine no era (pienso yo) un Santo Padre precisamente, y basta leer las *Confesiones del autor*, al final de

su libro *De la Alemania*, para convencerse de que pensaba del mismo modo. Otros muchos grandes espíritus, inteligencias superiores, tales como Renán, y hasta el mismo Voltaire (sí, Voltaire), podrían corroborar irrefragablemente mi manera de ver esta cuestión. La propaganda *gambettista* ó *waldeckroussoniana* puede ser una exigencia del momento, un procedimiento político circunstancial; pero no será jamás un sistema filosófico. Los pensadores más libres han estado acordes en rechazar ese anticlericalismo zafio y agresivo. Tomás Carlyle declaraba la guerra á todos los credos difuntos y putrefactos, á todas las hipocresías religiosas (especialmente al biblismo y al anglicanismo), y, por consiguiente, execraba á sus representantes, que simbolizaba en el tipo grotesco creado por él, Bobus de Houndsditch, ó «el obispo de la diócesis». Pero más execraba aún al Bobus laico, al Fariseo moderno, al Tribulat Bonhomet del Progreso, de la Ciencia y de la Filantropía. Porque, al fin, como él decía, «el obispo tiene un sentido humano y una cultura variada; conocimientos considerables en griego, si os hacen falta para algo; conocimientos en muchas cosas, y habla la lengua inglesa de una manera gramatical. Está acostumbrado á los buenos modales; á la dignidad del porte, como á una segunda naturaleza; es caballero hasta el borde de las uñas, lo cual es en sí algo muy considerable. El obispo crea realmente á su alrededor una influencia de *decorum*, de paciencia pulida, de sólida adhesión á lo que está establecido; enseña prácticamente la necesidad de *consumir su propio humo*; y consume efectivamente por su parte este humo, sabiendo desprender de él una llama ligera y un tenue fulgor, para bien de los hombres en muchas circunstancias. Mientras que Bobus, que saca una renta anual doble de la del obispo, vende más barato que otro salchichones que acaso son en realidad carne de caballo. Brick, si queréis reflexionar en

esto, no es *la aristocrática Inglaterra*, es toda la posteridad de Adán la que se ha hecho, en algunos aspectos esenciales, más estúpida que las cabezas de cera que exponen los peluqueros en sus escaparates. Las cabezas de los peluqueros no dirían nada al menos y no elevarían por sufragio universal á un infortunado Bobus á esa mísera altura» (1).

Huxley, el sabio fisiólogo inglés, que era un evolucionista ferviente y un librepensador encarnizado, escribía una vez en su ensayo *De la educación científica; Reminiscencia de un discurso después de comer* (de un brindis de banquete ó postconvivial, diríamos en lenguaje culto): «Yo respeto con todo mi corazón una organización (la Iglesia católica) que hace frente al enemigo, y quisiera que todas estuviesen en tan buen orden de batalla. Esto valdría más para todos los clérigos como para nosotros mismos. El ejército del libre pensamiento marcha hoy á la desbandada, y más de un hirviente librepensador usa de su libertad para hacer circular muchas tonterías. Bajo los golpes de un enemigo vigoroso y atento, podríamos acaso adquirir más cohesión y disciplina; y por mi parte yo lamento que no haya en el banco de los obispos un hombre del temple de Butler, el autor de la *Analogía*, que ejecutaba de un manotazo la mayoría de las doctrinas de ese escepticismo *à priori* que corre por las calles en este momento.» (2).

Hay que saber lo que se dice y no llamar antihumana á una religión que es la más humana de todas, por cuanto deja en el arrepentimiento el refugio de los corazones cansados y de las almas ahitas de pecar. No vale alegar con algunos

(1) *Latter-Day's Pamphlets*, VII, págs. 314 y 315.

(2) *Las Ciencias naturales y la Educación*. (Edición francesa publicada con el concurso del autor, y acompañada de un prefacio nuevo, cap. V, pág. 140. — Baillièrre et Fils. París, 1891.)

que con el arrepentimiento se abre ancho cauce á las desatadas pasiones de los hombres, pues todos saben que se puede pecar impunemente y acudir al final á la penitencia para obtener el perdón de las culpas. Aparte de que sería muy largo de dilucidar lo que hay en esto de exageración, con ánimo de perjudicar al catolicismo, hemos de confesar que ahí radica precisamente la fuerza humana de esa religión. Campoamor ha podido decir:

Te contaré en un cantar
la rueda de la existencia:
pecar, hacer penitencia
y luego, vuelta á empezar...

Este *vuelta á empezar* vale á la vez por un poema y por un tratado teológico. Ahí reside el encanto *humano* de la divina religión católica.

Á más de este aspecto teológico, el arrepentimiento tiene un aspecto artístico altamente loable. Un poeta actual, uno de los primeros en introducir en España las corrientes líricas que Rubén Darío había seguido en América, Manuel Machado, nos habla en una poesía de

la elegancia suprema del arrepentimiento... (1).

Á este aspecto artístico, de gesto, de postura, que tiene el arrepentimiento, añádese un aspecto estético, es decir, sentimental, conmovedor. Es el aspecto que ha interpretado Rubén Darío mejor que ningún otro poeta español hasta ahora. Á más de *la elegancia*, hay *la poesía* del arrepentimiento. Á más de la actitud bella, hay la entraña íntima. En el fondo de la vida libertina surge la visión de la infancia leja-

(1) *Alma; Museo; Los Cantares* (Don Miguel de Mañara, *Vicentelo de Leca*, pág. 90). — Madrid, 1907.

na, de la inocencia perdida, de la irremisible tranquilidad del alma. Y cuando esta canción, este *leit-motiv* preludia en el espíritu del poeta, he aquí que surge un inesperado canto, plenamente católico, la más bella y evanescente visión lírico-elegíaca que ningún poeta ha tenido. Leed *La dulzura del Angelus*, esa maravilla de evocación sentimental y de música exquisita:

La dulzura del ángelus matinal y divino
que diluyen ingenuas campanas provinciales,
en un aire inocente á fuerza de rosales,
de plegaria, de ensueño de virgen y de trino
de ruiseñor, opuesto todo al rudo destino
que no cree en Dios... El áureo ovillo vespertino
que la tarde devana tras opacos cristales
por tejer la inconsútil tela de nuestros males,
todos hechos de carne y aromados de vino...
Y esta atroz amargura de no creer en nada,
de no saber adónde dirigir nuestra prora
mientras el pobre esquife en la noche cerrada
va en las hostiles olas huérfano de la aurora...
(¡Oh, suaves campanas entre la madrugada!) (1).

Versos que entrañan una intensidad de pensamiento á la que nos tienen poco acostumbrados los poetas del día. Versos cuyo ritmo tiene una música cuyo influjo conmovedor sólo puede compararse al de aquellas estancias de Rodembach:

*En province, dans la langueur matutinale,
tinte le carillon, tinte dans la douceur
de l'aube qui regarde avec ses yeux de saur,
tinte le carillon et sa musique pâle...*

(*Le Règne du Silence*, XXIV, pág. 228.)

(1) *Cantos de vida y esperanza: Otros poemas*, III, pág. 79.

Música pálida, música desvanecida, música doliente, música agónica, la de estos versos de uno y otro poeta; música pálida, como la de la campana que suena en provincia á la hora en que el alba nos mira con sus ojos de hermana...

*
*

Yo quisiera tener el entusiasmo (*ἐνθουσιασμον*), el arrebato ideal que agitaba á los filósofos neoplatónicos, mal llamados alejandrinos — porque ni todos los sabios de Alejandría eran neoplatónicos, ni el neoplatonismo arraigó tan sólo en esa ciudad. Yo quisiera poner ese soplo sagrado en mi crítica para que ésta fuera tan lírica como yo deseo... La crítica es también expansión del ánimo, como la lírica; brota no menos *ex abundantia cordis* que un poema... Es falso que la crítica sea propia de los pueblos y de los individuos gastados, porque una crítica cordial y espontánea puede brotar en edad juvenil. Los pueblos y los individuos gastados son precisamente los que no comprenden que quienes aún se conservan frescos y jugosos tengan maestría para ejercer el análisis. Así en Francia, país decadente, un crítico, Emilio Faguet, se extrañaba en una ocasión de que en Alemania la crítica precediese á la creación y la inspirase, y preparase el Arte y le ayudara á formarse y verdaderamente le formase (1). «Nada es más contrario á nuestros procedimientos — comentaba el docto crítico —. Figúrese en Francia un Vauquelin de la Fresnaye antes de la Pléyade, un *Art poétique* de Boileau antes de Racine, un Marmontel antes de Voltaire y un Teodoro de Banville antes de Hugo. Precisamente esto es lo que ocurre en Alemania. La crítica de Lessing no resume

(1) Véase el libro de Lévy-Bruhl: *L'Allemagne depuis Leibnitz*.— París, 1898.